

## Fragmentos en espiral de Concha Lagos

---

**Fragmentos en espiral desde el pozo**, número 19 de «Aldebarán», es el último libro publicado de la cordobesa Concha Lagos. Siguiendo a **Los anales**, **El cerco** y **La aventura**, prosigue la aventura poética, la interiorización y el ahondamiento de quien está haciendo de la palabra instrumento de conocimiento —en principio, de autoconocimiento—, de clarificación, aunque a veces ésta consista en descubrir sombras, tinieblas, noche. A partir, sobre todo, del ya lejano **Tema fundamental**, y acentuadamente en los citados tres libros anteriores, la poesía de Concha Lagos es una paciente, tenaz y dolorosa inquisición del ser en el mundo, del existir humano entre la caída y la redención, entre la negación y la esperanza. Poesía nacida de muy personales manantiales, henchida de íntimas, inconfundibles resonancias, que surge, ante todo, como una justificación del propio vivir, de la individual isla solitaria, a veces proclamada orgullosamente, casi en un reto, esta poesía tan eminentemente lírica, tan rabiosamente subjetiva, busca un ensanchamiento, una ascensión a la universalidad; para ello, la poetisa se desdobra en un yo narrador y un él protagonista, un yo inicial que presenta la historia y la glosa, la interpreta en algunos momentos. Se trata de un largo poema, aunque dividido en siete partes, titulado sobria y humildemente **Fragmento inicial**, y en él se persigue, asimismo, la objetividad épica a través de esta estructura formada por el narrador, o emisor, la historia, la fábula, el mensaje, y el receptor, al que, explícitamente, se tiene en cuenta, se incluye incluso en el texto: «La historia de aquel hombre era la vuestra (en cierto modo, claro). / Dejádme que lo explique, aunque la historia / se me diluya en búsqueda constante, de palabra». Esta historia no va a reducirse en ningún momento a anécdota: despojada de datos, se reduce a esencias. Y esta historia «esencial» es la de la propia poetisa distanciada, objetivada más aún por el propio masculino—, pero también intenta ser la del hombre. **Diario de un hombre** se titula un libro anterior de Concha Lagos. En **La aventura**

—aunque predomina, como en *El cerco*, la primera persona— ya aparece este poema personal «despersonalizado»; con él precisamente se cierra el libro: es el titulado **Para cuando la ausencia**, que ofrece también el desdoblamiento primera-tercera personas, pero en este caso Concha Lagos no encierra su «ella» en un «él» generalizador: «Poco supísteis de ella. / Escondese solía / en la niña andariega de su infancia...».

La poetisa, sin embargo, no quiere ocultar del todo las claves autobiográficas, y en el poema final, «Libre», de **Fragmentos en espiral...**, nos entrega una, inconfundible, inequívoca, para el conocedor de su poesía: la apelación a la canción, que incrusta en el poema, la mención, además, muy levemente alterada del título **Arroyo claro**, uno de sus libros de canciones: «Pulsó la canción primera, / la del arroyo más claro / girando a la rueda rueda». Y en los octosílabos que siguen, en la copla final —del poema y del libro—, se apunta la liberación sentimental, cordial, en esa vuelta al ayer, al principio, en ese círculo que se cierra (pocos versos antes ha escrito. «Un tiempo circular le fue anillando...») y al mismo tiempo se abre en anhelo de eternidad: «La canción definitiva / que le abría al corazón, / bajo el cantar mañanero, una nueva dimensión».

El aliento religioso, que traspasa toda la última poesía de Concha Lagos, perdura en estos poemas con la misma tensión agónica de búsqueda, de sed. Desde la metáfora inicial, y central, del pozo hasta el liberador cantar final, esta aventura humana se incrusta en una dimensión supratemporal, que atisba el misterio y quisiera desvelarlo. La luz, el faro, la puerta, la orilla, el mar, son metáforas transparentes, como la presencia de Juan de la Cruz en el tercer y último fragmento del poema «El encuentro» —otro título igualmente revelador—, tercera parte del libro. Pero estimo que es el poema «Preguntas en la espera»— situado entre el anterior y el final, «Libre— el que mejor expresa y resume esta pensión metafísica, esta aspiración de trascendencia. Desde la noche, desde la soledad y el silencio, se acumulan, se enlazan —unamunescamente— las preguntas. Poema desesperado, cerrado, sólo al final apunta una posible salida, una respuesta, una palabra «que la frontera del silencio abriera», que se encuentra, se contesta, se formula en el poema siguiente, «Libre», encabezado con una cita de Nietzsche: «Toda alegría quiere eternidad», todo un resumen del universo poético de Concha Lagos, siempre agazapado «en su solitario estar», a la espera de ese incierto más allá, de ese remoto paraíso, nunca alcanzado intelectualmente, al que siempre lanza escalas sentimentales, emotivas, irracionales, subjetivas amarras de sueño y de

nostalgia. Pero único hilo para escapar de su laberinto, puente que necesita imaginar que existe, creer que de su isla la libertará. Los hombres no son en la poesía última de Concha Lagos —para quien escribió **Luna de enero** no parece existir ahora el amor humano, la comunicación interpersonal— salida, respuesta, puente salvador. Son, por el contrario, «...el tropel de los que sin descanso / van y vienen con insaciable garra!».

De "Insula", N.º 335

**Emilio MIRO**

